

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO II

Núm. 79

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 4 DE ABRIL DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

La obra de los políticos.

Un lector nos dice:

—La frase de Costa, hablando de los políticos españoles, es manifiestamente exagerada.

«Nos los sabemos á todos de memoria», escribe el ilustre sociólogo. Y yo encuentro que hay, entre los nuevos regidores de los negocios públicos, ministros, exministros, jefes de partido, algunos—no muchos—con leales intenciones y felices atisbos..

Y nosotros hemos contestado:

—No, no; Costa tiene razón. Todos los políticos, nuevos, viejos, hidráulicos, hidrófobos, son lo mismo. La política representa, siempre, en todas ocasiones, una reacción en nuestra historia. «Nos los sabemos de memoria». Nos los tenemos aprendidos desde hace cuatro siglos. Los intelectuales lanzan ideas, observan, estudian, escriben, enseñan; los políticos, superficiales, frívolos, ambiciosos, venales, vienen luego, en reacción inmediata, y hacen estéril la obra de los especuladores. A un movimiento sigue otro, á lo largo de cuatrocientos años, la vida española discurre en este perpétuo y perdurable flujo y reflujo.

Se ha constituido la unidad nacional. Comienza á iniciarse la decadencia económica, mientras—paradoja que se repite en todas las decadencias—la floración intelectual asciende. La Filosofía, la Etica, las disciplinas del Derecho, crecen y cobran auge; el arte produce filigranas del gótico florido; la literatura retoza en los versos del Arcipreste de Hita—«donador alegre»,—y se plañe en las coplas hondas de Manrique. Y una clase de hombres doctos, graves, silenciosos, austeros, cuyos retratos vemos hoy en los paranimfos y en los claustros, se inclina sobre los infolios en las largas vigiliat y va trazando sobre los grandes pliegos sus reflexiones. No son políticos, no pertenecen á los Consejos, no pretenden, no ambicionan. Aman la Patria y á ella dedican sus desvelos. Y son filósofos, como Luis Vives; frailes, como Juan de Medina; ingenieros, como Antonelli; médicos, como el doctor Herrera.

Esta generación—puramente intelectual,—treza planes é imagina arbitrios para remediar los males, cada vez más crecientes, de nuestra España. Finaliza el siglo XVI, y Felipe II, gran burócrata, primer monomaniaco del expediente, echa las bases á la centralización administrativa. La reacción política va á nacer en contraposición al esfuerzo de los intelectuales. Y un catalán—Gaspar de Pons—será, precisamente, el iniciador en el ramo de Hacienda del sistema brutalmente fiscal y exactor, que desde el siglo XVI hasta el XX, implantarán todos nuestros ministros. Felipe II, en 1595, forma una Junta de Consejeros para ocurrir á las calamidades de la Patria. Se pide en todo; se recurre á todo—venta de alcabalas y tercias, venta de bienes confiscados á los moriscos, creación de censos,—se imagina todo, menos la protección y el fomento reproductivo de la agricultura y el comercio. Los Consejeros conciben—en frase que brindamos al Sr. Villaverde, recomendando al Rey que se «recoja, con la mayor brevedad, el más dinero que fuese posible.»

Esta tendencia perdura á través de toda la decadencia austriaca; los políticos, ya en el siglo XVII, se han apoderado del Poder y han hecho imposible toda obra de regeneración. Han fabricado—y este es el arte único que han tenido antes, ahora y siem-

pre,—han fabricado profusamente leyes y más leyes. Ya en 1587, una mujer, Oliva Sabuco, autora de atinadísimas reflexiones sobre el problema agrario, se queja de que los libros y las leyes urdidos por los políticos «pasan de veinte carretadas»; treinta y dos años más tarde, en 1619, otro escritor preocupado con las cuestiones agrícolas, Sancho de Moncada, repata como una de las causas de la decadencia de España la muchedumbre y confusión de las leyes existentes. Contábamos entonces al pié de setecientos mil leyes; unas sueltas, como las pragmáticas disposiciones nacientes cada día, otras compiladas y amasacotadas en los infolios varios del Estiio, de Toro, de las Partidas, del Ordenamiento Real, del Fuero Real, del Fuero Juzgo..

¿Cómo era posible progresar con tanta balumba legislativa, con tan riguroso y mezquino espíritu financiero en los regidores de la Hacienda? España se despuebla; los campos quedan yermos; la ruina de villas y lugares, iniciada á fines del siglo XVI, acaba de consumarse; se duda de si los habitantes de la nación llega á tres millones. Cuanto se diga sobre este agotamiento será pálido y menguado; léanse las novelas, repásense las cifras de los economistas; céchese la vista, para colmo de desconsuelo, sobre los vivos y sugestivos «avisos» de los Pellicer y Barrionuevo.

Y, andando el tiempo, las energías muertas comienzan á resurgir. Ha llegado el siglo XVIII. A la reacción de los políticos ha sucedido de nuevo la acción de los intelectuales. No es posible exponer en breves y ligeras palabras la enorme cantidad de energía y de observación acumulada durante este período en los libros y en la prensa periódica, que entonces nace. Fajó, Sarmiento, José Rodríguez, Martín Martínez, Velázquez, Bowles, físicos, geólogos, críticos, economistas, laboran, investigan, preparan una era de prosperidad é engrandecimiento.

Un instante, los intelectuales se acercan al Poder; Campomanes, Olavide, Florida-Blanca, Aranda, Cabarrús, Jovellanos, Macanaz, van á traducir en reformas palpables y fecundas las ideas en el libro y en la revista difundidas. Y la obra esperada, á parte de laudables y errátiles amagos, no se realiza. Jovellanos es desterrado; Florida-Blanca, es recluido en un convento; Olavide remata su tormentosa vida, confinado en un rincón provincial; Macanaz, es sentenciado por los hoscos inquisidores, y acaba humildemente sus días escribiendo un bochornoso panegirico del Santo Oficio.. Han vuelto á triunfar los políticos. Durante sesenta años, la Nación va á zozobrar entre revueltas, motines, elecciones tumultuosas, cambios de dinastías, probatas de nuevas formas de gobierno, intrigas y expedientes de políticos perturbadores.

Y así como á la infame generación política del siglo XVII siguió la intelectual del XVIII, del mismo modo ahora, á los expedientistas y discursadores, seguirán otros hombres reflexivos, desinteresados, estudiosos, grandes patriotas; otros hombres que han buscado sus inspiraciones en un misterioso y austero filósofo tedesco, y han llevado á las especulaciones de la Filosofía y del Derecho, lo mismo que al comercio de la vida diaria, una sinceridad, una sencillez, una rectitud, una probidad, que han servido de norma y vivo espejo á las nuevas generaciones.

De esta grande y patriótica escuela—fundada por Sanz del Río y representada hoy por Giner,—han salido las bases para la reconstitución de España. Las nuevas

doctinas pedagógicas, la política hidráulica, las firmantes concepciones del Derecho y de la Higiene social, lanzadas y vivificadas han sido por esta pléyade de filósofos y sociólogos.

Y otra vez, en ritornelo perdurable, durante estos últimos tiempos, los políticos se han apoderado de las ideas de los intelectuales, y conmueven la nación con sus agitaciones estériles y voces livianas. La política agraria—iniciada y sustentada por Costa,—es el tema de las vehementes predicaciones. Una nueva reacción nos amarga más trombunda y deplorable que la pasada. He aquí por qué nosotros, repetimos con el ilustre sociólogo, al final de esta fugitiva excursión por nuestra historia, que nos muestra que todo es uno y se reproduce en la sucesión del tiempo inexorable; he aquí por qué nosotros; repetimos, profundamente convencidos, que «á todos los políticos nos los sabemos de memoria» y que no son ellos no, los que han de traer, para nuestra patria, las bienandanzas suspiradas.

(De El Globo.)

LA PRIMERA CITA

A IRENE

Baja á la reina esta noche y verás lo que es caeala: que á un pedrero de pava tacia en el mundo le llega.

I

Hay sobre el amor tan variadas y encontradas opiniones, que cuanto más se discute se encuentran menos conformes. Unos le llaman abismo y perdición de los hombres; otros, el mejor consuelo de los humanos dolores. Ya le pintan como esclavo del interés vil y torpe; ya generoso y sublime, todo luz, todo ilusiones, y aunque es verdad que se abusa con frecuencia de su nombre, y que de más cerca sirve á las más negras traiciones, también es verdad que encierra encantos que desconocen los que jamás le sintieron latir en sus corazones. Más sin intentar siquiera convencer de sus errores ni á los que infierno le llamen, ni á los que gloria le nombren, me limito á retratarlo en el valle de las flores, en la hermosa Andalucía, jardín de la España, donde una eterna primavera cubre de verdor los montes y entre celajes de oro el ardiente sol se esconde. Sin seguirle en su camino, que es, con raras excepciones, igual al que en todo el mundo por moneda de amor corre, voy á pintarle tan sólo en la venturosa noche que tienen galán y dama la primer cita de amores. Horas por cuyo recuerdo de puros y dulces gozos, aunque el hielo de los años entibie los corazones, siempre alguna chispa brota con encendidos fulgores, entre la ceniza fría de las muertas ilusiones.

II

Es media noche, la luna

esparce rayos de plata, y en las calles de Sevilla con trémulo fulgor baña. Perfumadas de azahares vagan inquietas las auras, y con suaves murmullos entre los árboles cantan. Ya en la Giralda alta las armoniosas campanas han lanzado á los espacios la misteriosa plegaria. Notas, cuya melodía hiero dulcemente el alma, salud del día que viene, despedida del que acaba. Profunda soledad reina, todo en silencio desearna, Sevilla entera parece una ciudad encantada. Más en la acera sombría, donde la luna no alcanza, un galán, mientras espera; con su impaciencia batalla. Su noble y gentil talante encubre la airosa capa, cuyo embozo diestramente la morena faz recata. Con inquietud se pasea y una vez y otras mil pasa ante una reja que mira por su martirio cerrada. Y cual si fuera él acero y hecha de imán la ventana, si se aleja pronto vuelve para de nuevo mirarla. ¡Con qué afán clava sus ojos en la persiana labrada, donde espera que se asome el iris de su esperanza! Más como dice un adagio y es una verdad probada, no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, al fin misteriosa mano, con leve rumor, declara al impaciente mancocho la presencia de la dama. Allí está muda, temblando, conmovida de su audacia, en su rubor tan hermosa como esperar ser amada. Y él encantado la mira sin hallar una palabra entre las mil que á sus labios por salir juntas se afanan. ¡Con qué dicha! persiana y reja solamente se separan, y no temen de importunos las curiosas asechanzas. La noche, la blanca luna, el dulce rumor del aura, son dichosos mensajeros de amorosas esperanzas; y cuando el gallardo amante el nudo á su voz desata, estas palabras se lleva la leve brisa en sus alas:

—Aunque te estoy mirando
dudan mis ojos,
si se engañan al verte:
¡son tan dichosos!
¡Cuánto anhela
decirte lo que siento
luz de mi alma!
¿Yes cuantas estrellitas
tiene ese cielo
que extiende en los espacios
su azul sereno?
Muchas más penas
llevo por tí sufridas
sin merecerlas.
Recelos y temores
en mi pecho tenían
eterna lucha,